—¡Quejaos todavía! Cogí el brazo de Alain, mi compañero, y le dije: «Hé aquí un vaso de vino que San Miguel Arcángel envia á su fiel guardia.» Y maese Alain levantó la ballesta para tomar el vaso. El vaso era hondo.. .. Cuando Alain, mi compañero, le hubo apurado, la señorita Reina de Maurever estaba ya guarecida detrás del ángulo de la muralla.

Aubry le cogió la mano, y se la estrechó con viveza. Fray Bruno se detuvo, y alzó las anchas mangas de sus hábitos.

—Mirad esto, dijo, mostrando un brazo de atleta. Cuando los soldados de Meloir vayan á buscar al anciano Hue de Maurever, allá abajo en Tombelene, estos brazos podrán darles todavía algo que sentir. Descuidad: manejo lindamente una espada; cuando no tengo espada, me gusta bastante el garrote; cuando no tengo el garrote á mano, mirad, me manejo lo mejor que puedo.

Al decir esto, habia cogido con ambas manos un pedazo grande de roca, que balanceó un instante sobre su cabeza: la roca partió, como si la hubiera lanzado una máquina de guerra, y fué á aplastar un poste plantado en la arena á treinta toesas de allí.

Fray Bruno se sonreia plácidamente.

—Suponed que Meloir hubiera estado en lugar de ese poste, dijo; de seguro que el golpe le hubiera quitado el apetito para mucho tiempo..... Pero decidme, jóven caballero, exclamó interrumpiéndose de repente, ¿habeis oido contar alguna vez la aventura de Josson Drelin, pertiguero de la parroquia de San Juan de los Barbechos?

VIII.

De como Josson Drelin se bebió el rio de Rance.

Mientras hablaban así, Aubry de Kergariou y fray Bruno habian dado la vuelta al Monte y se encontraban en frente de Tombelene.

Aubry reflexionaba.

Bruno narraba.

—Josson Drelin, decia, pertiguero de la parroquia de San Juan, era un buen bebedor, muy inteligente en sidra, como el pobre Mr. Gilles de Bretaña, cuya alma tenga Dios, era inteligente en mujeres. Y en último resultado, señor Aubry, ser inteligente en mujeres es propio de un caballero, así como serlo en sidra lo es de un pertiguero.

Yo soy quien os digo esto, salvo el respeto que se debe á cada uno. Así pues, en el bautizo de las campanas de San Juan de los Barbechos en el año 43 ó 44, porque ya la memoria se me vá (que ahora ya no tengo veinte y cinco años, no, ni treinta; ser y haber sido son dos cosas). Decia, pues, que en el año 43 ó 44, Josson Drelin tocó tanto, que bebió mucho..... Si tocó

tanto, fué porque el campanero estaba enfermo; si bebió mucho era porque tenia inmensa sed; ¿no es verdad?..... ¿Me escuchais, señor Aubry?

Aubry no contestó. Apresuró el paso porque tenia mucha prisa de ver á quienes amaba.

Y en último resultado no podia despedir á aquel hombre que se habia comprometido por salvarle.

Sin embargo, ¡introducir á un extraño en el retiro del proscrito!.... Aubry vacilaba algunas veces.

—¡Está bien! veo que esta vez me escuchais, continuó el buen lego, quien sudaba, jadeaba y charlaba cuanto podia, y no me extraña, siendo esta una historia agradable, aunque verídica de todo punto.

Josson Drelin, como habia bebido mucho, se embriagó algun tanto.

Y su mujer le dijo:

—Acuéstate Josson, marido mio, así estarás seguro de no pegar y de no ser pegado.

Justamente Josson Drelin no tenia sueño.

—¡Oh! ¡mujer! dijo, déjame en paz ó vuelvo á beber.

—¿Volver tú á beber? No podrias tragar siquiera mi dedal lleno de sidra, tan repleto estás, mi pobre Josson.

En cuanto á eso, todos saben que las mujeres están en la tierra para hacernos padecer. ¡Desafiar á un hombre á beber! ¿se ha visto corazon igual?

Josson Drelin llamó á unos labradores que pasaban por el camino, y les dijo:

—¡Eh! señores, ¿quereis ver á un hombre beberse toda el agua del rio Rance?

Los labradores se acercaron.

—Hé aquí lo que hay, repuso Josson, mis buenos amigos; escuchad. Dice mi mujer que no me beberé un dedal lleno de sidra: yo apuesto á que me bebo toda el agua que en este momento corre por el rio Rance desde Plouer á Saint-Suliac.

Los labradores se encogieron de hombros.

Uno de ellos llevaba un saco de cuero lleno de monedas de plata, porque habia vendido sus vacas en el mercado de Chasenneuf.

—Apuesto mi casa contra tu dinero, dijo Josson Drelin.

¿Quién lanzó exclamaciones y gritos? La mujer de Josson.

Pero el hombre del saco de cuero examinó la casa, que era buena, y contestó muy alto:

—Venga esa mano, tu casa contra mi dinero.

Los otros labradores dijeron:

—Se han tocado la mano con la mano; el que se vuelva atrás, es un gallina cobarde.

—A la verdad, exclamó Aubry, contestando á sus propias reflexiones, un soldado valiente mas en las contiendas, suele ser la salvacion.

—¡Oh! por mi fe, señor Aubry, repuso Bruno, Josson Drelin era pertiguero y nada tenia de soldado, os lo aseguro.

—Vamos, andemos de prisa, fray Bruno; sube el mar y tenemos que pasar á Tombelene.

—Ya lo sé, ya lo sé, señor. ¿Pero no teneis capricho de saber cómo hizo Josson para beberse el agua que corria por el rio Rance, desde Plouer hasta Saint-Suliac?

Sin embargo, eso es lo maravilloso de mi historia, y recuerdo que fray Pacomio, segundo sumiller del difunto abad...

¡Oh, oh! pero á ese fray Pacomio sí que le ocurrió una aventura en el año 37. La víspera de Navidad habia ido á buscar el vino de las tres misas...

—Vamos, decia Aubry, que veia llegar el mar, apretemos el paso.

—¡San Salvador! pues yo ando lo mejor que puedo. Fray

Pacomio era sordo de un oido desde el año 28, en que le habia picado un insecto maligno en los trigos normandos. Al ir á buscar el vino de las tres misas, encontró á maese Oliver Chouesnel, síndico de los pellejeros y curtidores de la ciudad de Avranches... ¿Sabeis cómo se habia casado este Oliver Chouesnel?... Pero no se trata ahora de maese Oliver Chouesnel, y volvamos á fray Pacomio..... es decir, concluyamos antes, á fin de proceder por órden, la historia de Josson Drelin, pertiguero de San Juan de los Barbechos, y las otras vendrán despues..... ¡Es una hermosa parroquia la de San Juan, señor Aubry! en donde conocí á un vicario que se llamaba Melin Moreau, y que dejaba lindamente á los chantres en su facistol cuando queria.....

Su hermano menor vendia tocino en el Pré Botté de Renden, tocino y huevos cocidos, manteca de cerdo, jabones, queso y manteca salada. Murió de los golpes que le habia dado su mujer.

¡Oh, oh! ¡qué mujer aquella! El año en que murió, recuerdo que se prendió fuego á la iglesia de San Sulpicio, en Fougeres, y que á mi tio Mateo, alabardero de los canónigos, le rompió una pierna un caballo loco.

Digo, pues, que Josson Drelin se vió muy apurado cuando hubo de llevar á cabo su apuesta.

Su mujer se desconsolaba y lloraba diciendo:

—¡Dios tenga compasion de nuestra ancianidad! Hénos aquí en medio de la calle!

Bruno habia llegado á este punto de su relato, cuando Aubry le cogió rudamente de los hombros, y le empujó hácia adelante.

El mar llegaba al cauce del riachuelo que separa ambos montes, y á Bruno le subia el agua hasta las pantorrillas. Ahora bien, en los arenales, cuando el agua llega hasta las pantorrillas, suele suceder con frecuencia que tambien envuelve pronto la cabeza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Bruno se echó á reir cuando estuvo ya en seco.

—¡Señor Aubry! dijo, os doy las gracias. Hé aquí lo que es charlar. No miraba siquiera el camino por donde iba. Esto me recuerda la historia del viejo Martin de Saint-Jacut, que se ahogó cantando las antífonas burlonas.....

La mujer de Josson Drelin.....

—¡Ira de Dios! hermano, exclamó Aubry, vamos á incomodarnos si no dejais de una vez á Josson y á su mujer.

Bruno le miró estupefacto.

—¿No os agrada la historia, señor? dijo; es raro, pero en materia de gustos no hay que disputar, y entonces voy á acabar la aventura de Pacomio, segundo sumiller del abad difunto.

—Ni esa aventura ni otra, hermano. Dad descanso á vuestra lengua y poned vuestras piernas al trote, porque el mar va á rodearnos.

—¡Oh! replicó el lego, siempre tendré tiempo para referiros lo que sucedió á maese Olivier Chouesnel, síndico de los pellejeros y curtidores de la ciudad de Avranches, en la noche de la boda.

—Una palabra mas y os dejo aquí, hermano.

—Bueno, bueno, señor Aubry, no os incomodeis. Yo no cuento historias mas que á los que me lo piden, á Dios gracias, y aun muchas veces me dejo rogar, como me sucedió en el año 45, en la fiesta de Noyal-sur-Vilaine.....

Aubry no quiso oir mas. Echó á correr, y fray Bruno se quedó en las arenas movedizas.

—¡Oh! ¡oh! dijo, lo propio me sucedió en la Bretaña baja, antes de la guerra. Quise referir la historia del molinero Rohan, quien vendió su alma al diablo por un par de piedras de molino..... Pero.....

¡Oh! ¡oh! dijo otra vez saltando, hé aquí el mar que llega de veras!

Esta vez no comenzó historia alguna, y echó á correr.

La fortaleza que los ingleses habian construido en el monte Tombelene era magnífica y podia contener una guarnicion numerosa. Al marchar de allí, algunos meses antes de los acontecimientos que venimos narrando, Knolle ó Kernol, el último lugarteniente que habia quedado en Tombelene con 100 ó 150 hombres de armas, voló las obras de defensa, arrasó el castillo y dejó desnudo el monte.

Solo quedaba en pié la parte occidental de las murallas flanqueadas por la torre desmantelada en que hemos visto á Mr. Hue de Maurever durmiendo con su espada entre las piernas.

Estas murallas, las torres, una cortina que se alzaba varios piés sobre el suelo, y el edificio interior cuyo piso bajo solo había sido conmovido en parte, formaban todavia un retiro bastante extenso, que era muy fácil cerrar y poner al abrigo de un golpe de mano, sobre todo por la circunstancia de que el resto de la isla se hallaba completamente descubierto.

En el momento en que Aubry de Kergariou y fray Bruno atravesaban la playa, habia muchos ojos inquietos y fijos en ellos, desde las murallas ruinosas. Hue de Maurever, que habia permanecido solo durante tanto tiempo en la roca abandonada, tenia á la sazon compañía, y aun acaso mas de la que habria deseado.

Además de su hija Reina, los Priol y Juanillo, que habian llegado á la mitad de la noche, encontramos en Tombelene á toda la aldea de San Juan, las cuatro muchachas y los cuatro mozos de labranza y otros muchos vecinos cuya enumeracion haríamos con celo, si estas desaliñadas páginas fuesen una epopeya. Diríamos la edad, el pelaje, y la genealogía de todos aquellos valientes hijos del pantano, y de todas aquellas vírgenes, feas ó

hermosas, y despues de haber invocado á la musa Caliope, hija de Júpiter y de Nemosina (patrona antigua de los plagiarios), prestaríamos á nuestras bretonas facciones griegas ó latinas.

Pero las saladas nieblas de la América aflojarian pronto las cuerdas de la vieja lira de Apolo. Solo la gaita, con su zurron de cuero y su embocadura de madera, puede soportar el catarro crónico de aquellas comarcas.

¡Cantemos la gaita!

Los labriegos de la aldea de San Juan de las Playas habian emigrado, porque sus moradas no eran ya mas que un monton de ceniza.

Maese Vicente Gueffes habia pagado la hospitalidad recibida.

Habia dicho á los soldados ébrios:

—Estoy seguro de que el traidor Maurever se oculta en una de las casas de la aldea.

Los soldados habian echado abajo las puertas. Cuando se derriba la puerta del labriego breton, por débil que sea, sacude. Hubo batalla y luego incendio, porque la aldea de San Juan era la que Reina y los Priol habian visto arder al entrar en la playa en el opuesto lado de Arderon.

Entre hombres, mujeres y niños habia allí como unos cuarenta, detrás de los restos de la fortaleza inglesa.

Como desde luego sospechaban que se habrian conocido sus huellas, y que los irian á perseguir allí, emplearon toda la noche en trabajar. Piedras amontonadas tapiaban ya todas las brechas, y por la parte del interior se alzaba un nuevo recinto.

Se disponian á sufrir un sitio.

El viejo Maurever de nada de esto se cuidaba. Estaba en su torre. Reina, sentada á sus piés, apoyaba la rubia cabeza en sus rodillas. Era mas feliz que un rey.

—¡Reina! decia acariciando los suaves cabellos de la jóven, he soñado que no volveria á verte. Cuando tu cesta pasó ante

mi vista, arrebatada por la corriente, mi corazon se quedó frio y como muerto. ¡Oh! cuanto te amo, ¡hija querida!... ¡Por todos los trabajos de mi larga vida no pido á Dios mas que una recompensa, tu felicidad!

Reina cubria de besos su mano.

—Tú, repuso Maurever con melancolía, tambien me amas, lo sé; pero el amor de los jóvenes no se parece al triste cariño de los ancianos. A medida que se envejece, Reina, la ternura se reconcentra y estrecha, porque los objetos amados van escaseando. Así, yo he perdido á mi esposa, que era una santa, he perdido á tus hermanos que eran unos corazones nobles..... solo tú me quedas..... tú, por el contrario, tomarás un marido y le amarás; tendrás hijos y los adorarás; ¿qué le quedará á tu anciano padre?

— Lo que le quedaba á vuestra madre tan amada cuando fuísteis esposo y llegasteis á ser padre.

Una lágrima cayó sobre la nevada barba del caballero.

—¡Mi madre! murmuró, Dios me es testigo de que la amaba..... ¡oh, Reina!... y sin embargo, mi madre murió sola en el castillo de Roz, mientras yo me hallaba en la guerra. Prometeme que estarás á mi lado para cerrarme los ojos.....

Reina solo contestó con los besos mas tiernos.

Habia sido una escena muy tierna cuando el anciano proscrito, despues de tres dias mortales de espera, volvió al fin á ver á su hija escoltada por sus fieles vasallos.

Antes de besarla hincó una rodilla en tierra para dar gracias al Altísimo.

Despues la estrechó sobre su pecho, acosado ya por el hambre.

En seguida comió con avidez, en medio de los Priol, que tenian los ojos llenos de lágrimas con la idea de lo que habria sufrido su pobre señor.

Reina le servia, presentándole el pan y la copa llena.

Despues de la comida los habian dejado solos.

Hacia mucho tiempo que estaban hablando así. Hubo un momento de silencio. El caballero contemplaba á su hija, y asomó una sonrisa á sus austeros labios.

—Tengo celos de él..... murmuró.

—¿De él, que tanto os ama, padre mio?

—¿Y crees que yo no le quiero, cuando le doy así mi tesoro mas preciado? exclamó el proscrito, quién levantó á Reina entre sus brazos, y la colocó sobre sus rodillas como á una niña. Es un buen soldado, es un corazon generoso; quiero que sea mi hijo..... Pero, te lo repito, Reina querida, mi vejez es un suplicio prolongado..... Ya no logramos adquirir..... y siempre vamos perdiendo hasta llegar al dintel de la tumba..... Hé ahí un hombre fuerte, jóven y venturoso, que sonrie á las promesas que le prodiga el porvenir... el mundo es suyo... ¿qué hace? Viene á pedir al anciano desposeido una parte de su bien supremo..... El rico necesita el óbolo del pobre..... ¡Hé ahí lo que es la vida!

Bajó la cabeza, y su blanca cabellera inundó su frente.

Reina se habia entristecido escuchándole.

—¿Con que tanto le amas? preguntó Maurever bruscamente.

Reina se estremeció.

—Sí, padre mio, dijo con voz grave y lenta.

—¿Y él?

—Padre mio, me ama bastante para renunciar á mí, si le digo: «Mr. Hue de Maurever quiere conservar á su lado á su hija.»

No concluyó la frase, porque el anciano la tapaba la boca con un beso apasionado.

—¡Loca! ¡loca! la decia; ¡oh!... ¡qué hermoso corazon!

¡qué buena hija! ¡cuánto ama á su padre! ¿Escuchas, por ventura, las palabras de un hombre que delira? Estoy soñando, bien lo ves, estoy soñando. Lo que yo necesito, Reina mia, es tu felicidad, es ver la sonrisa en tus rosados labios. Escucha, la vejez no es tan desgraciada sino por su egoismo receloso. Que nada ganamos, decia yo hace poco! ¡Cuán ingrato y cuán insensato soy! ¿y ese hijo que va á venir á sustituir á los mios difuntos, nada es por ventura? ¿y esos hermosos ángeles rubios que se parecerán á su madre, los hijos de mi Reina, mis nietos, mis lindos amorcillos?.....

Reina ocultó en el pecho de su padre la frente teñida de rubor.

El anciano cogió aquella cabeza con ambas manos y la cubrió de besos.

—Dios es bueno, dijo extasiado; ¡aun me quedan dias hermosos!

En aquel momento, las tablas que cerraban la puerta de la torre, cayeron hácia dentro con estrépito, y entró Julian le Priol muy sofocado, gritando:

—¡El caballero Meloir viene con un fraile!

—¡El caballero Meloir! repitió Maurever abalanzándose hácia la tronera.

Recordará el lector que Aubry se habia puesto la armadura del antiguo porta-estandarte de Bretaña.

—Negro y plata, murmuró el anciano despues de haber mirado, ¡en efecto, son sus colores!

Julian puso un dedo en su ballesta.

—Nunca yerro el golpe, señor, dijo echándose la ballesta á la cara; aguardo vuestras órdenes.

IX.

Palabras y gestos de fray Bruno.

Afortunadamente Reina tenia buena vista. Detuvo vivamente con su blanca mano la ballesta de Julian le Priol, que estaba tomando ya su puntería, y exclamó:

—No es el caballero Meloir.

—¿Pues quién es, señorita?

—Es Aubry de Kergariou.

—¡Ya! murmuró Maurever.

Julian se sonrió, desarmó la ballesta, y salió.

—Si yo fuese siquiera hidalgo, pensó al volver á la habitacion que ocupaba su familia, desearia que la señorita Reina á nadie conociese desde tan léjos.

Y el pobre mancebo suspiró un poco.

Y no hubo mas; porque Julian era un valiente mozo, cuyo pensamiento podia mostrarse con entera libertad.

Un momento despues entraba Aubry en la torre.

Maurever le tendió los brazos y le llamó hijo. Reina le dió su mano. Fué preciso saber la historia de aquel disfraz. Aubry se sentó entre su prometida y su padre. Aquel instante le compensaba todas las horas crueles pasadas en la jaula de piedra.

—¡Hijos mios! decia entretanto Bruno á los emigrados de la